



Revista de Fomento Social, 52 (1997), 345-368

Pensamiento único y sistema económico alternativo

En el presente trabajo se realizan una serie de reflexiones críticas (1) sobre la absolutización del sistema de mercado a la vez que se apuntan distintas actitudes que pueden adoptarse ante esta forma de pensamiento predominante. En contra de lo que explícita o implícitamente se ha propagado como opinión generalizada –el pensamiento único–, el autor opina que el sistema capitalista tiene una eficacia limitada, que genera internamente y externamente graves ineficiencias. Además, reproduce las estructuras que critica y su aplicación a países que lo asumen como panacea para la solución de sus problemas puede calificarse en muchos casos como decepcionante.

—Alfonso Carlos Morales Gutiérrez (*)—

(*) Profesor del Departamento de Economía General, Ciencias Jurídicas y Sociología de la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales – ETEA adscrita a la Universidad de Córdoba.

(1) Este trabajo ha sido realizado gracias a las reflexiones que surgieron con motivo de la preparación de una exposición para el *II Seminario de Formación Política* celebrado

La victoria del pensamiento único (2)

La caída del Muro de Berlín no sólo ha llevado a la convicción, más o menos generalizada, de la existencia de un solo sistema político viable a largo plazo – la democracia– sino a la demostración de la inviabilidad del sistema económico que sustentaba la alternativa al capitalismo –la economía centralizada–. Esta demostración ha generalizado determinadas hipótesis –muchas de ellas no contrastadas–: la ineficacia del estado como asignador de recursos y la ineficiencia de una economía excesivamente regulada. Como corolarios han proliferado las tendencias privatizadoras –disminución de las empresas públicas– y las políticas no-intervencionistas de la administración en las distintas esferas de la economía (el trabajo, el dinero,...etc).

De la misma forma que en el Renacimiento fue el hombre el centro del universo, la razón lo fue en la Ilustración, hoy día el mercado se ha ido erigiendo –junto con la tecnología– como garante de la modernidad y «medida de todas las cosas». De hecho resulta extraño, a la hora de referirse sobre las expectativas de futuro de una determinada realidad, de su capacidad *competitiva* –posibilidad de actuar en el mercado con éxito–. Este análisis se aplica tanto a las naciones, a las empresas como a las personas. La idea central que se transmite es que el mercado tiene una superioridad técnica, más allá de cuestiones éticas. El argumento implícito que imposibilita el debate alternativo podría resumirse en la siguiente frase: *si es el mejor sistema existente, es el único posible, luego es el único bueno desde una perspectiva ética*. Además, no sólo es lo mejor, sino que los rescoldos que quedan de la vigencia del sistema alternativo en los países occidentales –el intervencionismo– constituyen para sus defensores a ultranza, la causa de todo lo que no funciona. En palabras de un defensor del sistema (González Braun, 1997):

«El mercado no es una máquina, sino un complejo orden de relaciones humanas que nadie maneja. Precisamente porque nadie

en Málaga el día 24 de julio de 1997, en el que tuvimos la oportunidad de tratar el tema “Desafíos éticos en el mundo socioeconómico”.

(2) Sirva la expresión *pensamiento único* a lo que Margaret Thatcher denominó TINA: *There Is No Alternative*.

lo maneja es que puede funcionar bien, y los intentos de aniquilarlo y limitarlo han dado como resultado la pobreza, la injusticia y el desorden. Conviene no confundir los órdenes extendidos que nadie controla, de los que habla Hayek en La fatal arrogancia, con la idea de libertad irrestricta que a veces se relaciona con el mercado. Así se habla de capitalismo salvaje o se piensa que las multinacionales son omnipotentes. Esto es un error: el mercado restringe a sus agentes, no es una selva donde vale todo

Pero de igual forma que con un planteamiento inductivo—desde lo hechos—se fundamenta el triunfo de un sistema —el fracaso de los países con economía centralizada— también desde la realidad pueden encontrarse síntomas de ese falso triunfo. Nuestra postura puede sintetizarse en la siguiente afirmación: *el sistema capitalista tiene una eficacia (3) limitada con graves ineficiencias que genera internamente y externamente, paradójicamente reproduce las estructuras que critica y su aplicación a países que lo asumen como panacea para la solución de sus problemas puede calificarse en muchos casos como decepcionante.*

Cada una de las proposiciones —ineficacia, ineficiencias internas y externas, reproducción de estructuras no capitalistas,...— que componen la afirmación anterior van a ser desarrolladas y justificadas en los párrafos siguientes. Finalmente propondremos diversas actitudes que pueden asumirse si se adoptan las reflexiones que se vierten en el presente trabajo apuntando algunas ideas que perfilan la configuración de un sistema económico alternativo.

(3) Distinguímos en este trabajo entre los principios organizativos de *eficacia* y de *eficiencia*. *Eficacia* es la orientación de cualquier realidad organizativa hacia la consecución de sus objetivos: insiste en los fines. La *eficiencia* consiste en la optimización de recursos de un sistema determinado: insiste en los medios. Todo sistema persigue la *eficacia* y la *eficiencia*, pero es posible el logro parcial de un sólo principio. Un laboratorio tiene que despilfarrar recursos para conseguir una innovación significativa —es eficaz pero ineficiente—. Una empresa puede recortar drásticamente sus costes de personal pero el producto que vende no satisface a sus clientes —puede ser eficiente pero ineficaz.

Ineficacia e ineficiencias internas y externas

Por *eficacia limitada* entendemos: incapacidad para generar riqueza de forma creciente. El crecimiento económico se desacelera década tras década (L. Thurow, 1990) (4). De modo que en los años sesenta la economía mundial creció a una tasa del cinco por ciento anual una vez corregida la inflación. En los años setenta, el crecimiento se redujo a un 3,6 por ciento anual. En los 80, hubo una desaceleración que supuso un crecimiento del 2,8 por ciento y, en la primera mitad de los noventa, sólo llegó a ser del dos por ciento anual. En dos décadas, el capitalismo había perdido un sesenta por ciento de su ímpetu.

Cuando señalamos ineficiencias estructurales internas nos referimos a la principal preocupación de los países occidentales: el paro. El desempleo es elevado en la Unión Europea (5), y en Estados Unidos, en donde el paro es menor, los salarios reales en bastantes actividades han descendido y han empeorado las condiciones de trabajo. El poder adquisitivo de importantes sectores de la población no crece desde hace más de veinte años, al tiempo que ha tenido lugar un empeoramiento en la distribución de la renta, lo que ha tenido repercusiones en el aumento del número de pobres. Ninguno de los dos modelos, ni el europeo occidental ni el de Estados Unidos, funciona satisfactoriamente (6).

(4) La elección de un plazo limitado (varias décadas) para ejercer la crítica a un sistema puede considerarse como una restricción al argumento que aquí apuntamos. En cualquier caso constituye un indicador no positivo que sostiene –aunque sea débilmente– la argumentación esencial de nuestro trabajo: existe cierto fundamentalismo en la doctrina del pensamiento único ya que existen tanto luces como grandes sombras.

(5) En el caso español esta ineficacia se traduce en términos de empleo a novecientos mil hogares donde todos los componentes están parados, un 40 % de paro juvenil, un aumento progresivo del empleo parcial sobre todo entre las mujeres, un elevado índice de temporalidad y desigualdad salarial, discriminación por la condición de sexo –los hombres ganan un 30% más que las mujeres–, y una protección social limitada –menos de la mitad de los 3 millones de parados recibe ayuda–. VARIOS (1997), “Hacia una redistribución solidaria de la riqueza: medidas desde las políticas de empleo y de protección social”. *Documentación Social*, pp. 13–72.

(6) En Estados Unidos, en los años ochenta, durante el período de Reagan, se crearon unos veinte millones de puestos de trabajo, y en los noventa, durante los gobiernos de Bush y de Clinton, más de once millones. Ciertamente existe eficacia pero el desempleo y la tendencia decreciente nos indica su limitación.

A estas manifestaciones en aquellos países que simbolizan el éxito de la economía de mercado hay que añadir los efectos perversos desde una perspectiva globalizada. De esta forma, a la par que se intensifica la globalización en las finanzas internacionales y en los mercados de bienes capitales y tecnología, la desigualdad internacional se incrementa y tiende a agudizarse en lugar de disminuir (7). El *informe sobre desarrollo humano 1996* pone de manifiesto que persisten las tendencias que provocan en el mundo una mayor polarización, de forma que la distancia que separa a los pobres de los ricos se agranda cada vez más. Del PIB mundial, de veintitrés billones de dólares, dieciocho billones corresponden a los países industrializados y sólo cinco a los países en desarrollo, aunque estos últimos tienen casi un ochenta por ciento de la población mundial. La diferencia en cuanto al ingreso *per capita* entre el mundo industrializado y el mundo en desarrollo se triplicó, de 5.700 dólares en 1970 a 15.400 dólares en 1995.

En el informe se insiste en que se está produciendo un crecimiento sin equidad, de manera que los frutos del crecimiento económico benefician principalmente a los ricos, dejando a millones de personas sumidas en una pobreza cada vez más profunda. Entre 1970 y 1985, el PNB mundial aumentó en un cuarenta por ciento, pero el aumento de pobres se incrementó en un diecisiete por ciento. Mientras entre 1965 y 1989 se redujo el ingreso *per capita* de 200 millones de personas, entre 1980 y 1993 bajó el de más de mil millones de personas.

Este aumento de las desigualdades ha llevado a muchos a invalidar la solución del mercado como panacea de las relaciones económicas. El pensador italiano Enrico Chiavacci (8) lo expresa con las siguientes palabras:

El problema Norte-Sur, ese foso o abismo, como Juan Pablo II lo califica en la Sollicitudo rei socialis, es evidentemente un problema estructural: sin un profundo cambio en la manera como el Norte concibe la actividad económica, no hay esperanza alguna para el Sur. Dentro de la lógica del mercado, como regulador primario de

(7) La inexistencia de instancias reguladoras a nivel global podría considerarse como una constatación de la incapacidad del sistema de mercado para ser eficaz por sí mismo sino es atemperado —domado— por su alter ego: un sistema de asignación jerárquico.

(8) E. CHIAVACCI, «I cambiamenti in Europa: quali scelte per i cristiani» citado por H. ASSMANN (1997), Las falacias religiosas del mercado. *Cristianisme i Justicia*, n° 76, p. 28.

la dinámica económica, los cambios estructurales necesarios son imposibles e incluso impensables. Dentro de la lógica del mercado, el discurso sobre la solidaridad pierde completamente su sentido.

Los nuevos *Estados* del capitalismo

Junto a estas críticas cabe añadir un comportamiento paradójico. El dinamismo del mercado que critica al Estado en su facultad de intervención desmesurada reproduce estructuras centralizadas con comportamientos muy semejantes a los que supuestamente pretende evitar. Nos referimos a las tendencias monopolistas que mediante la acción de las grandes corporaciones, colocan a los intereses privados —en ocasiones restringidos al ámbito familiar— en rectores de los designios públicos. Surge así el contrasentido, al menos desde una perspectiva política, de países con una democracia formal a nivel político sometidos a nivel económico a la dictadura de instituciones no representativas.

No existe esa *mano invisible* que distribuye la riqueza según los proselitistas del capitalismo. Todo lo contrario, existe en palabras de A. Chandler (1990), un estudioso de las multinacionales, una *mano visible* que concentra el poder y las rentas en unos pocos de seres humanos y que utiliza precisamente las grandes corporaciones como instrumento para ejercer su influencia en tupidas telas de araña de relaciones societarias.

Actitudes defensivas

Además las sociedades capitalistas no sólo fomentan tendencias monopolistas y oligopolistas —fuentes de ineficiencia según los postulados liberales— sino que albergan actitudes proteccionistas —precisamente las contrarias a las que se pretenden divulgar—. En este sentido dejamos a un lado el comportamiento de determinados grupos —como los agricultores, o los profesionales— y nos referimos al que se vislumbra de forma más o menos generalizada en las conductas sociales y políticas de las sociedades desarrolladas: el *proteccionismo social* (9).

(9) Acuñamos este término para referirnos a la construcción de barreras políticas, sociales y económicas que impiden la movilidad del capital humano en general, y de la fuerza de trabajo en particular, entre distintos países.

Lejos de cualquier acepción positiva, el proteccionismo social pone de manifiesto la existencia de una actitud defensiva e insolidaria que impide que ciudadanos de otros países se beneficien del crecimiento económico y de las oportunidades de empleo, protegiendo a los ciudadanos que viven en determinado territorio so pretexto de intereses nacionales. Occidente, consciente de haber fracasado en sus reiterados intentos de exportar los mejores logros de su modelo, ha retrocedido diseñando una estrategia de barreras y amurallamiento. Puesto que su modelo desarrollista no ha prosperado, cierra las puertas de tantos emigrantes económicos, lo que deja al descubierto lo sesgado y particularista de supuestas fórmulas de proyectar la realidad económica. Los efectos de este pretendido aislamiento han hecho encenderse las luces de alarma de las sociedades europeas, donde la xenofobia y el racismo se configuran como el nuevo muro de contención ante los innumerables miserables que no se resignan a morir de inanición y exploran vías de penetración en las sociedades opulentas.

Irrracionalidad de la racionalización

La empresa se enfrenta cada vez más a la necesidad de adaptarse a las necesidades del cliente lo que le obliga a una mayor especialización y diversificación de sus productos. Sin embargo no todas las empresas se encuadran dentro de esta estrategia de diferenciación. Algunas basan su éxito precisamente en todo lo contrario: la homogeneización. Es el caso de algunas multinacionales exponentes de las avanzadillas de la penetración del capitalismo en países en transición al sistema de mercado. En esos casos se produce un fenómeno al menos desconcertante.

Pensemos en cualquier famosa franquicia de fabricación y venta de hamburguesas. Paradójicamente los mismos ciudadanos que denostaban las colas que implican los sistemas de distribución estatal centralizada aguantan estoicamente colas similares para adquirir un producto altamente estandarizado, eso sí, a un precio muy superior.

Y es que el sistema de mercado lleva aparejado cierta «mcdonalización» (10) de la sociedad. Negocios de comida rápida, grandes superficies, y otras

(10) Sobre este fenómeno puede verse la obra de RITZER, G. (1997) *La mcdonalización de la sociedad*, Ariel Sociedad Económica, Barcelona.

manifestaciones similares no son sino exponentes de un mundo previsible, calculado, eficiente, sin duda, paradigmas similares a los perseguidos por los sistemas centralizados y que tienen sus antecesores en el taylorismo y el fordismo. Reconociendo ciertos aspectos positivos, hemos de estar alerta de hasta que punto estamos siendo objeto, al sacralizar el sistema de mercado, de una homogeneización social que merma la individualidad, la creatividad y en último término, la libertad. Sin duda, se trata de la irracionalidad de la racionalización excesiva.

Ineficiencias «X» (11)

De entre las diversas formas de ineficiencia económica, se puede diferenciar las ineficiencias de asignación, las ineficiencias keynesianas y las ineficiencias que denominaremos X (Schweickhart, 1993). Las «ineficiencias de asignación» son disminuciones del bienestar global derivadas de aquellas imperfecciones del mercado que hacen que los precios se desvíen de lo que deberían ser bajo una competencia perfecta ideal causadas por los monopolios y las «externalidades». Las «ineficiencias keynesianas» hacen referencia a aquellas desviaciones de la optimalidad que tienen lugar cuando los recursos materiales y humanos no se usan totalmente, es decir, cuando la anterior circunstancia no se consigue. Las «ineficiencias X» son las que tienen lugar dentro de la empresa, a causa de la estructura interna de la empresa, por ejemplo, por procesos de decisión defectuosos.

El impacto de estos tres tipos de ineficiencia no es homogéneo. Vanek se refiere a ellos analógicamente en relación a su importancia como «pulgas, conejos y elefantes» (Vanek, 1989: 93) (12). De hecho constituye, en estos

(11) El término Ineficiencias lo dio Harvey LEIBENSTEIN (1966). Sus ideas han sido desarrolladas en LEIBENSTEIN (1976) y LEIBENSTEIN (1987).

(12) El estudio empírico de Leibenstein sobre una estimación del impacto de las ineficiencias de asignación apunta una importancia del orden de una décima parte del uno por ciento del PNB, mientras que las ineficiencias X dentro de las empresas excederían el 50%. A pesar de aceptar problemas metodológicos en las comparaciones, Leibenstein nota que las ineficiencias de asignación tienen que ser más bien pequeñas, y que —dados los puntos de partida— los precios que exceden de lo «correcto» en unas áreas serán contrarrestados por los precios que, en otras áreas, estén por debajo. Si a todas estas consideraciones añadimos la evidente

últimos años, el foco de la atención teórica en los modelos de autogestión de los trabajadores (13). Pero si Vanek y Leibenstein tienen razón respecto a las magnitudes relativas, entonces la vigencia del debate de la democracia económica y las posibilidades de las empresas fundamentadas en la participación de los trabajadores resulta incuestionable. Sus efectos positivos en la productividad están demostrados (14).

Sin embargo, alguien se preguntará, «¿una empresa autogestionada podrá ser tan efectiva como una capitalista? ¿los trabajadores son lo suficientemente competentes como para adoptar complicadas decisiones en el orden técnico y financiero? ¿son suficientemente competentes incluso para escoger a representantes que designen a directivos eficientes? Son preguntas razonables pero desconcertantes en una sociedad que está tan orgullosa de su compromiso

gravedad del paro que continuamente azota las economías capitalistas, entonces la metáfora de Vanek no parece mal encontrada.

(13) A su estudio nos llevamos dedicando más de una década. Una síntesis de nuestros trabajos puede verse en MORALES GUTIÉRREZ, A.C. (1996), *Ineficiencias del mercado y eficacia de las cooperativas*. CIRIEC-INFES. Valencia.

(14) Por lo que respecta a los efectos de eficacia de una mayor participación de los trabajadores, existe el estudio del Departamento de Salud, Educación y Bienestar de los Estados Unidos, de 1973, que concluye: «En ninguno de los casos de los que tenemos constancia, el esfuerzo por aumentar la participación del trabajador ha producido un descenso, a largo plazo, de la productividad» (United States Department of Health, Education and Welfare, 1973:112). Nueve años más tarde, al analizar su recopilación de estudios empíricos, JONES Y SVEJNAR (1982: 11) informan que «parece ser que existe un consistente apoyo a la postura que dice que la participación de los trabajadores en la dirección causa una más alta productividad. Este resultado viene avalado por una diversidad de aproximaciones metodológicas, usando diversos datos y durante períodos de tiempo diferentes». En 1990, Alan Blinder publicó un conjunto de investigaciones que aumentan los datos, y llega a la misma conclusión. LEVINE Y TYSON (1990: 203-204), por ejemplo, resumen sus análisis de unos cuarenta y tres estudios distintos con estas palabras: «Nuestra valoración global de la literatura empírica de la economía, de las relaciones industriales, de la conducta organizativa y de otras ciencias sociales, es que la participación normalmente conduce a unas pequeñas mejoras a corto término en la realización, y a veces conduce a mejoras significativas y duraderas... Casi nunca hay un efecto negativo». Llegan, además, a otra conclusión (LEVINE Y TYSON, 1990: 205-214). La participación tiende más a incrementar la productividad cuando viene combinada con 1) la participación en beneficios, 2) el empleo garantizado a largo plazo, 3) unos diferenciales salariales relativamente pequeños y 4) unos derechos laborales garantizados (como el despido sólo por causa justa).

democrático. La traslación y el cuestionamiento de estos procesos en el marco político no deja lugar a dudas sobre lo estereotipado de las formulaciones anteriores en el ámbito empresarial: *¿los ciudadanos son lo suficientemente competentes para participar en la toma de decisiones técnicas y financieras, por ejemplo, en un ayuntamiento? ¿son lo suficientemente competentes para escoger a representantes que designen a políticos y directivos eficientes? ¿Qué estado democrático no se fundamenta en una respuesta afirmativa de tales interrogantes?*

Otros efectos colaterales

Habermas calificó al consumismo como la forma en la que el sistema compra la lealtad del ciudadano y pacifica al mundo del trabajo. En efecto, El consumismo es al capitalismo lo que el oxígeno a los seres vivos. Sin embargo ese oxígeno implica un daño, por ahora irremediable, para nuestra civilización. Este daño lo vamos a indicar con palabras nada sospechosas de Mario Vargas Llosa —claro defensor del sistema neoliberal— en un artículo en el que contesta las críticas de G.Soros al sistema de mercado:

«Es verdad que el mercado, mientras más libre y más riqueza produce para la sociedad, deshumaniza las relaciones personales y las decolora, porque enfría considerablemente la vida en una rutina agobiante dictada por la competitividad...el desarrollo de la tecnología, la ciencia y la economía ha provocado un descalabro de la cultura religiosa y una transformación tan radical de la cultura como la que ha ocurrido. Este es un desafío que tienen las sociedades abiertas y para el que todavía ninguna de ellas ha encontrado un respuesta creativa, que sirva de modelo a las demás» (15).

El capitalismo como solución alternativa en un contexto concreto

Nuestra última proposición hacia mención a la dificultad real de trasladar el sistema capitalista a un contexto determinado. Un ejemplo que puede servir para

(15) M. VARGAS LLOSA (1997), "El diablo predicador", *El País*, 26 de enero de 1997, p. 15.

ilustrar y demostrar esta afirmación sería el de los países *convertidos* al capitalismo. La antigua Unión Soviética y los países a los que sometía imperialmente—entrado en crisis final su totalitarismo político y desprestigiado el modelo económico—con su inmersión en la economía capitalista, en lugar del desarrollo, ilusamente esperado, se han topado de bruces con unos niveles de pobreza desconocidos por extensos sectores de sus ciudadanos. Era ingenua la expectativa de poder fotocopiar miméticamente la prosperidad de sus antiguos enemigos. Vaclav Klaus (16), ministro de finanzas de Checoslovaquia, llegó a afirmar ante la decepción de las expectativas suscitadas por la transición al capitalismo: *Nosotros quisimos crear el hombre nuevo, que ya no tuviese ansias egoístas. Me temo que no sea posible.*

Argumentos deductivos

Estos razonamientos inductivos, que pueden constatarse con experiencias a nivel nacional e internacional, que deslegitiman en parte, la absolutización del sistema capitalista puede completarse con algunos argumentos de índole teórico.

a) Problemas epistemológicos

La teoría económica es un sistema axiomático: si los supuestos básicos se mantienen, se llega a las conclusiones. La premisa de que la oferta y la demanda son hechos independientes no se acomoda a la realidad, al menos en lo que concierne a los mercados financieros, y los mercados financieros desempeñan un papel fundamental en el reparto de recursos. En este tipo de mercados los compradores y los vendedores intentan descontar un futuro que depende de sus propias decisiones. Las curvas de la oferta y la demanda no pueden considerarse hechos independientes porque ambas registran las expectativas con respecto a unos acontecimientos que dichas expectativas moldean y determinan. Existe una especie de mecanismo de retroalimentación entre el pensamiento de los participantes del mercado y la situación que

(16) Citado por H. ASSMANN (1997), "Las falacias religiosas del mercado". *Cristianisme i Justícia*, nº 76, p. 28.

intentan interpretar: la *reflexividad*.

El concepto de la *reflexividad* explica tanto la comprensión imperfecta de la situación por parte de los participantes como el carácter indeterminado del proceso en el que participan. En su intento de imitar las ciencias naturales, la teoría económica trató de conseguir lo imposible. Las teorías de las ciencias sociales se relacionan de forma reflexiva con su objeto de estudio. Es decir, pueden influir sobre los hechos de una forma en que no pueden hacerlo las ciencias naturales. De acuerdo al famoso principio de incertidumbre de Heisenberg, el acto de la observación puede interferir en el comportamiento de las partículas cuánticas; pero es la observación lo que crea el efecto, no el principio de incertidumbre mismo (Soros, 1997).

En la esfera social, las teorías tienen la capacidad de alterar el objeto de estudio con el que se relacionan. La teoría económica se ha negado deliberadamente (17) a tomar en cuenta el principio de la reflexividad, de manera que ha distorsionado su objeto de estudio y ha quedado expuesta a la explotación por parte de la ideología del *laissez-faire*.

b) La utopía del funcionamiento ideal del mercado

El funcionamiento del mercado requiere de una serie de condiciones. A saber: la existencia de muchos oferentes y demandantes, libertad de entrada y de salida, información completa en el precio, igualdad entre las partes, satisfacción de necesidades no artificiales, repercusión de los costes y los beneficios en los protagonistas (se asumen todos los costes y las ganancias). Sin embargo estas condiciones ideales contrastan con unas circunstancias reales cuya existencia no es precisamente causa de un uso abusivo de otros sistemas alternativos. Estas comportamientos reales del mercado comprenden tendencias monopolistas de naturaleza privada en casi todos los sectores, existencia de barreras proteccionistas, conductas oportunistas para aprovechar las asimetrías informativas, creación de necesidades falsas, y externalización de costes –como por ejemplo los de naturaleza medio ambiental–.

(17) Excepto en los enfoques que las incorporan, como por ejemplo la teoría de las expectativas racionales.

c) Existencia de otros sistemas alternativos para el logro de asignaciones eficientes

En otro orden de consideraciones teóricas la economía de la organización (O. Williamson, 1975, 1981) posibilita la existencia de diversas formas de asignación de recursos: el mercado, la autoridad y las formas híbridas. Su eficiencia depende de la naturaleza de las transacciones. Las transacciones no pueden homogeneizarse pues presentan características específicas e idiosincrásicas. Es cierto que las transacciones tienden a ser cada vez más transparentes y más simples –tienden al mercado– pero sus peculiaridades específicas en determinadas circunstancias requieren el recurso de la asignación centralizada –la autoridad– que coloca las formas organizativas híbridas como las más eficientes.

Posiblemente este argumento teórico avale el mantenimiento del Estado de Bienestar como forma híbrida entre el mercado y la autoridad. Cierto es que dicho modelo se encuentra, asimismo, cuestionado en las sociedades avanzadas, sometido a una presión *inexorable* hacia el mercado y la creencia dominante es que hay que proceder a importantes recortes sociales en el futuro, cuando no a la eliminación de las prestaciones sociales. Dichas presiones dogmatizan y absolutizan al mercado como forma de asignación de la misma forma que lo hacían con el Estado los países de economías centralizadas.

d) Problemas éticos

Los defensores del sistema de mercado son taxativos a la hora de poner de manifiesto la inmoralidad del intervencionismo estatal (Huerta de Soto, 1997):

El socialismo no sólo se manifiesta como algo teóricamente erróneo y económicamente imposible (es decir, ineficiente), sino también, y simultáneamente, como un sistema esencialmente inmoral, pues va en contra de la más íntima naturaleza del ser humano e impide que éste se realice y apropie libremente de los resultados de su propia creatividad empresarial.

En efecto, una valoración del funcionamiento del mercado (18) a la luz de los valores ideales que se propugnan pone de manifiesto la existencia de ideales de justicia, eficiencia óptima, y sobre todo la libertad (Lattuada, 1997), eso sí, si se cumplen las condiciones ideales de funcionamiento. El sistema de mercado basado en la competencia perfecta –que raramente se cumple– genera redistribución, y cualquier exigencia de solidaridad implicará coacción. Textualmente (González Braun, 1997):

Toda la clave de la competencia estriba en que sus agentes se someten a la voluntad y los deseos de lo demás: cualquier empresario sabe que no podrá vender sus productos a un precio arbitrariamente fijado por él. Este sistema anónimo e incontrolado es mucho más eficaz para luchar contra la pobreza que ninguna coacción política, por solidaria que parezca; es lo que ha permitido a la humanidad prosperar infinitamente más de lo que habría podido de haber continuado siempre en las economías primitivas, ésas sí muy personalizadas y muy controladas y, por eso mismo, pobres.

Sin embargo, el sistema de mercado, desde una valoración ética, obvia dos aspectos relevantes para un funcionamiento adecuado. Por un lado, el *bien común* no es considerado como un objetivo per sé, sino como un logro consecuente con su funcionamiento óptimo. Claro está, que el bien común considera no sólo a los oferentes y demandantes que pueden realizar transacciones, sino también a *los que no tienen nada que ofrecer – no aportan valor económico– y que por tanto son excluidos del sistema de asignación*. El pensador Max Weber (1944) lo expresa de la siguiente forma:

Cuando el mercado se abandona a su propia legalidad no repara más que en la cosa, no en la persona, no conoce ninguna obligación de fraternidad ni de piedad, ninguna de las relaciones humanas sustentadas por las comunidades de carácter personal. Todas ellas son obstáculos para el libre desarrollo de la mera comunidad de

(18) Una reflexión exhaustiva desde el punto de vista ético y religioso pueden verse en el número monográfico de la revista *Concilium* de abril de 1997.

mercado y los intereses específicos del mercado; en cambio éstos son las tentaciones específicas para todas ellas.

Por otro lado, los bienes de naturaleza pública, es decir aquellos que se precisan y que su explotación no es rentable, carecen de incentivos para su provisión. *¿Pueden existir una redistribución solidaria –hacia los intereses generales– fuera de los mecanismos de asignación competitiva sin estructuras de redistribución con autoridad para llevarlas a cabo?*

Actitudes ante un estado de opinión predominante

Esta realidad nos posiciona –por activa o por pasiva– en tres actitudes críticas (19) ante el sistema de mercado: el *fatalismo*, el *posibilismo*, la *divergencia creativa*. El *fatalismo* no cuestiona la absolutización del mercado, asimila la sociedad al funcionamiento de la selva y propugna –aunque sea implícitamente– el darwinismo como dinámica de su evolución: sólo los más adaptados (al mercado) sobrevivirán. Este planteamiento significa el triunfo del dinero y del poder que en definitiva postergan los ideales de organizar las sociedades modernas, según la lógica reprimida de la razón práctica, guiada por la propuesta de la igual dignidad de todas las personas.

Sin duda la generalización de esta actitud significaría el triunfo del pensamiento único con todos los riesgos que esto conlleva si establecemos un paralelismo con la argumentación desarrollada por el filósofo austríaco Karl Popper –por cierto nada sospechoso desde la óptica liberal. En su obra *La sociedad abierta y sus enemigos*, Popper (1945) demostró que las ideologías totalitarias como el comunismo y el nazismo tienen un elemento en común: pretenden estar en posesión de la verdad absoluta. Puesto que la verdad absoluta está más allá del alcance de la Humanidad, estas ideologías tienen que recurrir a la opresión para imponer su interpretación de la sociedad. ¿Puede convertirse el liberalismo en un totalitarismo del mercado?

El *posibilismo* admite que existe la posibilidad de atemperar el liberalismo

(19) Obviamos la actitud militante de defensa a ultranza del pensamiento neoliberal, que dada la orientación de este trabajo no nos merece una atención especial pues es la que se ocupa precisamente de que el pensamiento económico sea «único».

triumfante con medidas correctoras, y que desde una perspectiva global son a todas luces marginales y cosméticas. Aun leída con la distancia de un siglo sigue siendo perspicaz la sentencia de Telford Bax (20): *«Algunos excelentes socialistas aseguran que será posible la moralización del capitalismo. No estoy de acuerdo con ellos. Creo que moralizar el capital es tan difícil como lograrlo con una cuadrilla de malhechores»*.

En cualquier caso no deja de ser paradigmática la conversión (21) de George Soros que en septiembre de 1992 ganó 250.000 millones de pesetas especulando contra la libra esterlina, forzando al Gobierno británico a sacarla del Sistema Monetario pronunciándose en estos términos (22): *Pese a haber amasado una gran fortuna en los mercados financieros, temo ahora que la irrefrenable intensificación del capitalismo del laissez-faire y la extensión de los valores del mercado a todas las esferas de la vida están poniendo en peligro nuestra sociedad abierta y democrática. El principal enemigo de la sociedad abierta ya no es, en mi opinión, la amenaza comunista sino el capitalismo.*

Se precisa abogar por una alternativa al sistema desde una perspectiva *divergente y creativa*. Esta actitud es justificada por J. Stuart Mill al señalar:

Sólo en los países atrasados del mundo es todavía el aumento de producción un asunto importante; en los más adelantados lo que se necesita desde el punto de vista económico es una mejor distribución... Sin duda es más deseable que las energías de la humanidad se empleen en esta lucha por la riqueza que en luchas guerreras,... hasta que inteligencias más elevadas consigan educar a las demás para mejorar cosas. Mientras las inteligencias sean groseras necesitan estímulos groseros. Entre tanto debe excusárenos a los que no aceptamos esta etapa muy primitiva del perfeccionamiento humano

(20) Citado por ITACA (1997), "El fracaso del capitalismo", *El Mundo*, 7 de junio de 1997.

(21) Se trata de una conversión militante. George Soros creó una fundación (1979) con el nombre de *Open Society Fund*, cuyos objetivos son; la apertura de sociedades cerradas, el fortalecimiento de las sociedades abiertas y el fomento del pensamiento crítico.

(22) GEORGE SOROS (1997), "Los delitos del capital", *El Mundo*, domingo 26 de enero, p.32. Este artículo es un resumen del original, tres veces mayor, publicado recientemente en el *Athlantic Monthly* de EE.UU.

como el tipo definitivo del mismo, por ser escépticos con respecto a la clase de progreso económico que excita las congratulaciones de los políticos ordinarios: el aumento puro y simple de la producción y de la acumulación (23).

En cualquier caso, las posibles alternativas en el complicado mundo presente no pueden empezar siendo globales. No es razonable pretender que sean alumbradas en golpe individual de inteligencia o como soluciones mágicas de los partidos políticos. Como apunta A. Giddens (1997):

No sé si existe un programa coherente para un partido que trata de conservar los valores de izquierdas adaptados a una economía globalizada. La socialdemocracia logró combatir los aspectos más corrosivos del mercado. Pero ya no es algo a lo que podamos aspirar. El neoliberalismo no creaba las instituciones ni generaba el apoyo para crear la seguridad. O sea, ésta es una aventura. Un nuevo equilibrio entre el riesgo y la seguridad (24).

Las alternativas sólo son posibles desde el riesgo, el ejercicio de la crítica, la denuncia, la disconformidad con los fracasos e injusticias, en las grandes dimensiones que hemos referido. No deben ser acalladas por la mitología reiterada de que estamos en el mejor de los mundos posibles. Hay, por el contrario, que incentivar el diseño y las reformas capaces de alentar el contrapoder de los grupos sociales, a los que hoy en la humanidad se les ha asignado el carácter de subalternos.

Lecciones no aprendidas

Quizás una de las lecciones del muro de Berlín más que el triunfo de un sistema es el fracaso de una actitud: la intolerancia, la rigidez y el fundamentalismo

(23) STUART MILL, *Principle of political economy*, citado en J.M. NAREDO (1996), *La economía y su evolución*. Madrid, p. 535.

(24) Citado por ESTEFANÍA, J. (1997), "La vida parece un mercado de futuros", *El País*, 16 de noviembre.

económico. Por ello no son pocos los que vaticinan *la caída de otro muro* si no se aprende de la historia en lo que ésta nos aporta como verdaderamente significativo y relevante. Hace ya cuatro décadas los filósofos de la Escuela de Francfort diagnosticaban certeramente el gran fracaso de la civilización moderna, en razón de la economía capitalista, que se había convertido en su base de sustentación. La humanidad –concluían– en la segunda mitad del siglo XX posee la ciencia, la tecnología y el caudal de recursos materiales que permitirían a todos los habitantes de nuestro planeta ver satisfechas, en nivel suficiente, todas sus necesidades, tanto económicas y sociales como culturales y espirituales.

En definitiva, era posible alcanzar el ideal propuesto por la razón ilustrada. A finales de siglo, cuando por doquier se habla de la nueva era de la globalización, todavía resulta aún más pertinente referirnos a un sistema internacional holístico. En consecuencia, es también más apropiado constatar en esa dinámica global y de manera crítica la frustración de los objetivos de la modernidad, expresados en la aspiración universal a organizar racional e igualitariamente las distintas esferas de la acción humana, que constituyen nuestra contemporaneidad. Y en comparación son sus metas inalcanzadas, podemos concluir que la crisis presente de la modernidad es efecto de haberse impuesto como paradigma de racionalidad la lógica del dinero y del poder.

En suma, la economía de mercado ha demostrado a lo largo de la historia grados de eficacia en el incremento de la producción de bienes y servicios y en la mejora progresiva de la productividad. Pero también ha puesto de manifiesto sus insuficiencias a la hora de proceder a una mejor distribución de la renta y lograr mayores cotas de equidad social. En los países desarrollados, el Estado de bienestar ha sido un instrumento eficaz, aunque también con sus errores y limitaciones, para conseguir atemperar la desigualdad, y ha servido a la vez como un mecanismo de cohesión social. En aquellas sociedades, en donde no existen mecanismos de redistribución, los frutos del crecimiento se distribuyen muy desigualmente, así como a nivel internacional.

Las ideas liberales no captan las enormes complejidades de la economía moderna y, debido a su simplicidad, son malas consejeras de política económica. Existen muchas razones para la difusión de este pensamiento y solución única a los problemas económicos. Como indica K. Galbraith (1992):

Las personas y comunidades favorecidas por su posición economi-

ca, social y política, atribuyen virtudes sociales y permanencia política a aquello de lo que disfrutaban. Esa atribución se reivindica incluso ante la abrumadora evidencia en sentido contrario... La satisfacción se opone con firmeza, por su propio carácter, a lo que la perturba y, a menudo, como en fechas muy recientes, con potente y sonora indignación.

La alternativa en la sociedad en qué vivimos que combina eficiencia y eficacia ha compaginar y soslayar esa *tiranía de la disyuntiva* que vendría a decir: no hay más opciones o el injusto mercado creador de empleo precario, o el deficitario Estado creador de empleo subvencionado. Como indica el profesor Gil Calvo (1997):

La solución no puede estar ni en meter al mercado en la cárcel del Estado ni tampoco en soltarlo fuera dejándolo escapar para que campe por sus respetos devorando mártires cristianos. Lo que debe hacer el estadista es domar a los leones del mercado para que pasten sueltos y coman de su mano como mansos animales domesticados.

Algunos principios para la configuración de un sistema alternativo

La imagen del profesor Gil Calvo –leones, domadores, animales– tomada del sociólogo J. Elster nos puede servir para apuntar, a grandes rasgos, algunas ideas para la consideración de un sistema alternativo a la corriente predominante, que se inspira en valores tanto del liberalismo y al socialismo puesto que ambos tienen logros en la eficiencia –asignación de recursos– y en la eficacia –solidaridad–. Convencidos de la inexistencia de soluciones mágicas ni de recetas milagrosas esbozamos los perfiles de ese modelo que se concibe desde la divergencia crítica. Dichos rasgos hacen referencia a los instrumentos –estado versus mercado–, al peso de los actores –sector público versus sector privado– y de los valores –libertad y justicia–:

1) *Un estado domador*: Mancur Olson señala que los bazares –mercado en estado primitivo– aparecen espontáneamente en todos los países a lo largo de toda la historia. Las economías de mercado prósperas difieren de ellos en tamaño y en la naturaleza de la actividad inversora. La actividad inversora depende, a

su vez, de la estructura del crédito. A lo largo de periodos de tiempo prolongados, la gente sólo comercia si se siente a salvo de realizar impagos arbitrarios. Por tanto, una próspera economía de mercado guarda una relación simbiótica con el Estado (25).

La necesidad de un estado regulador resulta incuestionable incluso para el liberal más militante. La división de opiniones se produce cuando hay que determinar su dimensión y su lugar en los procesos educativos, sanitarios o de servicios sociales (sólo financiador o también proveedor de servicios). En cualquier caso su labor de velador de los intereses generales a través de sus intervenciones en caso de litigio –para resolver conflictos– o preventivas –para evitarlos– resulta indispensable en la concepción de un sistema más humano y menos selvático.

2) *Menos estado a cambio de más participación, o más mercado a cambio de más oportunidades.* Pero hasta a un autócrata le interesará limitar sus exigencias fiscales y ofrecer bienes sociales, aunque sólo sea para acrecentar su poder y riqueza. En el fondo, sigue siendo un opresor, lo que el profesor Olsen denomina «un bandido residente».

Para que el Estado prospere, sus intereses deben estar en línea con los de la población en general. Liberalizar eficazmente requiere facilitar la participación directa. En caso contrario la liberalización es una transferencia de poder hacia instituciones regidas por el interés privado y no por el interés general: del monopolio estatal orientado por el bien público al oligopolio empresarial orientado por fines privados. Siempre hay que considerar el bien común: porque el pacto social –implícito naturalmente– con que se constituye un régimen democrático supone que todos se van a beneficiar del mismo. Los mercados de una sociedad democrática no pueden discriminar sistemáticamente contra un grupo de ciudadanos sin que eso tenga consecuencias para la democracia misma.

3) *Un marco jurídico completo.* Se requiere un entorno de leyes, normas y comportamientos no escritos, intervenciones públicas y refuerzos societarios para que los diversos mercados formen un sistema de relaciones y de transacciones económicas, capaz de ordenar, hacer eficiente y justa la economía de una

(25) Si el gobernante es demasiado débil, sus súbditos estarán a merced de los bandidos –los que utilizan la fuerza en la negociación. Si el gobernante es fuerte, le interesará mantener el mercado como mecanismo de asignación y obtener recursos.

sociedad democrática. Ese látigo del estado domador exige intervenciones en la fijación de (Sebastian, 1996):

- los *límites* respecto a qué se compra y se vende –aceptación social de la venta según el sistema de creencias– y quién lo compra y lo vende –capacidad para el uso de un bien objeto de transacción.
- las *condiciones*: los agentes del mercado no pueden hacer lo que quieren: la competencia los disciplina. La competencia tiene que ser defendida desde fuera del mercado, porque la dinámica de las empresas lleva a la concentración y la reducción de los espacios competitivos. Aunque la influencia de la sociedad civil es importante, a veces no tiene instrumentos adecuados de intervención, su acción es parcial y poco sistemática. Por eso se requiere la intervención sistemática de las Administraciones Públicas para establecer, hacer operativo y conservar este entorno civilizador. Se trata de crear todas las condiciones mencionadas para que el funcionamiento básicamente libre del mercado produzca los mejores efectos de eficiencias y equidad.

4) *El estado debe ser ejemplar* a la hora de acatar él mismo el espíritu y la letra de las normas que propugna. Resulta una obviedad. Ningún estado democrático por muy desarrollado que esté se encuentra exento de los normas que impone –piénsese en la corrupción española de la última década, o en la italiana,...etc-. La mejor receta es la transparencia. Sin transparencia no hay control, sin control no hay respeto, sin respeto no hay justicia.

5) *Las creencias, valores y costumbres* de la sociedad tienen que integrarse en las decisiones. Los mercados no pueden funcionar de forma ofensiva con respecto a la manera de ser de la gente. El marco que dibuja la Declaración de los derechos humanos constituye la referencia necesaria para el consenso en esta materia ya que conjuga una idea común y un respeto a la diversidad. Un valor universal como la solidaridad cívica resulta incontestable. Puesto que el mercado produce ganadores y perdedores, la justificación social de una institución que produce perdedores sólo existe si se da compensación a éstos. Si los mercados funcionan bien, los beneficios son tantos que se puede compensar a los perdedores sin que ningún ganador deje de serlo. Si no es así, algo falla en el mercado. Como indica A. Cortina (1997): “*Sólo una lúcida y sabia solidaridad es una actitud éticamente acertada para acabar con la injusta exclusión y hacer partícipes de los*

bienes de la tierra (materiales e inmateriales) a los que son sus legítimos dueños: a todas las personas" (26).

6) *La eficacia de la democracia económica y de formas híbridas y alternativas.* El modelo de mondragón (SCHWEICKART, 1997) y el auge de la adquisición de las acciones por parte de los trabajadores (ESOPS), el reparto del trabajo y minimización de horas extras (27), la constelación de organizaciones que funcionan bajo criterios no capitalistas (organizaciones voluntarias) son realidades insignificantes consideradas individualmente pero dignas de mencionar si se las considera como partes de un todo distinto a las figuras diseñadas por el estado o por el mercado: *el tercer sector o la economía social.*

En resumen, lo que hay que hacer en la actualidad es tratar de combinar eficacia con equidad, por lo que el Estado de bienestar debe de ser modificado pero no eliminado ni recortado. En todo caso, hay que combatir para que los logros sociales adquiridos por los países desarrollados se hagan extensivos a las economías menos desarrolladas y no al revés, al tiempo que resulta necesario introducir mecanismos de redistribución internacionales que compensen los efectos tan negativos que está teniendo la globalización para la mayor parte de la población mundial.

(26) CORTINA, A. (1997), *Vida Nueva*, Junio de 1997.

(27) Véase en este sentido el acuerdo suscrito en el País Vasco que afecta a casi 48.000 trabajadores y que precisamente ha sido suscrito por Mondragón Corporación Cooperativa.

Bibliografía

- ARTADI, J.M. (1990), "Razón económica y razón ética", *Cuadernos de Fe y Secularidad*, Sal Terrae.
- ASSMANN, H. (1997), "Las falacias religiosas del mercado". Colección *Cristianisme y Justicia*, nº 76, Barcelona.
- BASTIDA VILA, B. (1991), "La revolución del Este. Análisis de un fracaso". Colección *Cristianisme y Justicia*, nº 40, Barcelona.
- BERZOSA, C. (1997), "Las ideas liberalizadoras contra el Estado de Bienestar", *Expansión*, 7 de abril de 1997.
- BLINDER, A.ed. (1990), *Paying for Productivity: A look at the Evidence*, Washington, D.C., The Brookings Institution.
- CONSEJO ECONÓMICO Y SOCIAL (1997), *La pobreza y la exclusión social en España*, Informe 8, Madrid.
- CHANDLER, A. (1990), *La mano visible*, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.
- DUSSEL, E. (1997), "Mercado en la perspectiva ética de la Teología de la Liberación", *Concilium* 2/124-2/142, pp. 316-334.
- GALBRAITH, J.K (1992), *La cultura de la satisfacción*, Ariel, Barcelona.
- GIL CALVO, E. (1997), "El domador de mercados". *El País*, 1 de septiembre de 1997
- HUERTA DE SOTO, J.(1997), "La libertad de empresa como imperativo moral". *Expansión*, 21 de mayo de 1997
- COLECTIVO ITACA (1997), "Los fracasos del capitalismo", *El Mundo*. 7 de Junio de 1997.
- LATTUADA, A. (1997), "Valoración positiva del mercado desde la perspectiva ética", *Concilium* 2/114-2/122, pp 306-315.
- LEIBENSTEIN, H. (1987), *Inside the Firm: The Inefficiencies of Hierarchy*, Cambridge, MA, Harvard University Press.
- LEIBENSTEIN, H. (1976), *Beyond Economic Man: A New Foundation for Microeconomics*, Cambridge, MA, Harvard University Press.
- LEIBENSTEIN, H. (1966), "Allocative Efficiency Vs. X-Efficiency". *American Economic Review* 56 (June), 392-415.
- LEVINE, D. Y TYSON, L. (1990), "Participation, Productivity and the Firm's Environment". In *Blinder* (1990: 183-244).
- MARDONES, J.M., AGUIRRE, R. (1989), "El hombre y la sociedad de consumo ante

- el juicio del Evangelio”, Colección *Aquí y Ahora*, Sal Terrae, Madrid.
- MIRALLES, J. (1992), “El debate del Estado del Bienestar”, Colección *Cristianismo y Justicia*, nº 49, Barcelona.
- POPPER, K. (1945), *The open society and its enemies*.
- RODRÍGUEZ BRAUN, C. (1997), “Mercados, valores e instituciones”. *Expansión*, 23 de abril de 1997, p.48.
- SEBASTIÁN, L.DE (1997), “El entorno civilizador del mercado”. *Expansión*, 30 de abril de 1997, p.46.
- SOROS, G. (1997), “Los delitos del capital”, *El Mundo*. 26 de enero de 1997, p.32.
- SOROS, G. (1997), “Una peligrosa falacia”, *El País*. 5 de febrero de 1997, p.12.
- SCHWEICKART, D. (1997), *Más allá del capitalismo*. Sal Terrae. Presencia Social. Santander.
- THUROW, L. (1985), *El futuro del capitalismo*.
- CONSEJO DE REDACCIÓN (1995), “Crisis y futuro del Estado de Bienestar”, *Revista de Fomento Social*, Abril – Junio, pp. 149–169.
- UNITED STATES DEPARTMENT OF HEALTH, EDUCATION AND WELFARE (1973), *Work in America*, Cambridge, MA, MIT Press.
- VANEK, J. (1989), *Crisis and Reform: East and West*, Ithaca, Desktop Published.
- VARIOS (1997), “Pleno empleo, cohesión social y equidad”, *Noticias obreras*, nº 1.195, pp. 19–26.
- VARIOS (1997), “Hacia una redistribución solidaria de la riqueza: medidas desde las políticas de empleo y de protección social”. *Documentación Social*, pp.13–72.
- VARGAS LLOSA, M. (1997), “El diablo predicador”, *El País*. 26 de enero de 1997
- VIDAL, M. (1997), “Economía Neoliberal y Crisis del Estado de Bienestar”, *Concilium* 2/145–2/155, pp. 337–347.
- WEBER, M. (1944), *Economía y Sociedad*, Fondo de Cultura Económica.
- WILLIAMSON, O. (1975), *Mercados y jerarquías*, Fondo de Cultura Económica.